



Es válido, en consecuencia, regresarle al autor la pregunta que le sirvió de *leit motiv* para escribir el libro, haciendo sólo un pequeño agregado: ¿qué hacemos con la socio(bio)-logía? No podemos descartar sus datos, pero tampoco emplearlos sin un procesamiento que los lleve a verdaderos conceptos donde se considere el factor histórico-humano y no sólo el de la naturaleza.

Muchas de las críticas que Van Den Berghe hace a la sociología estadounidense son susceptibles de trasladarse a la latinoamericana; sin embargo, sin caer en la autocomplacencia, puede retormarse su opinión: “en América Latina algunos países como México, Brasil y Perú, han desarrollado una imaginativa sociología neomarxista para intentar manejar los diferentes problemas de la dependencia y el subdesarrollo, pero ese tipo de sociología es apenas un débil eco en la escena mundial”. Por ahí, por el desarrollo imaginativo y por lo biológico, es que podría realizarse el valor a que aspira el autor: “en un principio, sugerí que concebía a la sociología como una herramienta para la alienación crítica de un individuo de su sociedad y sus limitaciones y convenciones”.

Pierre L. Van Den Berghe, *El hombre en sociedad (Un enfoque biosocial)*.
Primera edición en inglés 1975; primera edición en español 1984.
Fondo de Cultura Económica, Trad. Mayo Antonio Sánchez García. 320 pp.

Jorge Esqueda Hernández.

SAINT-SIMON, PRECURSOR DE LA CIENCIA SOCIAL

*“Somos las abejas, libradnos de los zánganos”
Saint-Simon*

Leído por Marx y Proudhon, rechazado violentamente por



Comte —quien fuera su discípulo preferido—, venerado por una generación de ardientes seguidores, Claude Henri de St-Simon constituye, sin duda, un punto de partida para el desarrollo del pensamiento social en el siglo XIX.

Hombre de su tiempo, St-Simon militó en el ejército de Lafayette durante la guerra de Independencia de los Estados Unidos, fue testigo de la Revolución Francesa, permaneció prisionero un año durante el terror y emprendió muy diversas aventuras intelectuales que finalmente le costaron su fortuna íntegra. Frecuentó a los hombres y mujeres más notables de su tiempo —se dice, entre otras cosas que tuvo amores con Madame de Staël— y del contacto con él surgieron pensadores tan notables como Agustín Thierry, Robert Enfantin y el propio Augusto Comte.

Con una extensa introducción de Ghita Ionescu, el Fondo de Cultura Económica acaba de publicar una muy completa antología de St-Simon. Tanto el estudio introductorio como los textos escogidos tienen la importancia de hacer énfasis en las ideas políticas del autor francés, a quien muchos consideran no sólo padre de la sociología, sino también del anarquismo.

Cuestiones tales como la concepción saint-simoniana del desarrollo histórico de la sociedad, su fe en la ciencia y la técnica como pivotes de la organización social y su responsabilidad en el desarrollo posterior de la ciencia social son aquí subordinadas a otra que Ionescu considera más importante: la organización política de la sociedad como sistema tecnológico-industrial.

La sociedad industrial de St-Simon, dice Ionescu, no es tan sólo un proyecto de reestructuración de las clases sociales; es ante todo un proyecto de distribución del poder y, aún más, de “propagación” del mismo. En efecto, St-Simon percibió el crecimiento de una nueva clase de hombres que transformarían radicalmente la naturaleza del



poder. Ionescu dice:

“el funcionamiento mismo de la sociedad, está condicionado por la participación (. . .) de todos aquellos que en la actualidad tienen conocimientos y calificaciones exclusivas (. . .), el corte de los servicios o de la producción por parte de cualquiera de esos innumerables grupos de industriales puede parar inmediatamente el funcionamiento de toda la sociedad”.

He aquí pues, que cada hombre trabajador y emprendedor, cada “industrial”, según lo concebía St-Simon, es portador de una pequeña porción de poder que, en un momento dado, puede ejercer sobre la sociedad en que vive. Una idea muy similar, aunque considerada desde el punto de vista opuesto, va a desarrollar, un siglo después, Karl Mannheim al analizar la sociedad tecnocrática contemporánea, cuando menciona el relativo desamparo del hombre común y corriente frente a aquellos que controlan la moderna ciencia. No en vano se ha invocado a St-Simon como primer teórico de la moderna tecnocracia.

Afortunadamente, los criterios utilizados para la antología son lo suficientemente amplios para no limitar la riqueza del pensamiento saint-simoniano. Una relectura de textos tales como *El organizador* o *El catecismo de los industriales* ponen de manifiesto la imaginación de este precursor de la ciencia social, quien señalara, antes que Marx, la primacía de la producción y de la división del trabajo para explicar lo social y tuviera, además, una enorme fe en la capacidad de las ideas y del esfuerzo humano para moldear y transformar a la sociedad.

Ghita Ionescu, *El Pensamiento político de St-Simon*. México, F.C.E., 1984.

Cristina Puga.